

Como si...

Juan Carlos Fernández

www.juancarlosfernandez.es



Como si no conociésemos la historia. Como si ignorásemos que el radicalismo no conduce a nada bueno. Como si desconociésemos que todos los experimentos políticos (y no han sido pocos) alejados de nuestras democracias liberales han conducido al fracaso. Como si Europa fuese un ente de papel, inconsistente y menos sólido que algunas aventuras ultramarinas. Como si Bolívar no hubiese querido ser proclamado presidente vitalicio. Como si no hubiésemos conocido ya a suficientes salvadores dispuestos a redimirnos de nuestra inanidad como nación. Como si no supiésemos en qué consiste la agitación y propaganda. Como si no existiesen las hemerotecas y los archivos visuales que nos sirve Internet con pasmosa facilidad. Como si, de repente, eso de "la casta" tuviese paliativos según los intereses del momento. Como si eso no fuese convertirse en "casta". Como si "cabalgar contradicciones" convirtiera a un radical en un exquisito Maquiavelo, es decir, como si el fin pudiese justificar los medios. Como si algunos estuviesen tocados por una mano salvífica y todo pudiese tolerárseles. Como si apelar al cóctel Molotov fuese progresista. Como si ser de derechas en España y por lo tanto convertirse en apestado fuese algo nuevo. Como si necesitásemos imperiosamente dejarnos engatusar por quienes nos ofrecen caramelos envenenados de demagogia. Como si el desaliño indumentario fuese seña de progresismo. Como si en España no hubiésemos experimentado un progreso nunca conocido, aunque golpeado por las crisis. Como si las ocurrencias fueran la panacea para nuestra economía. Como si vencedores y vencidos no hubiesen hecho un pacto basado en la reconciliación, en el nunca más. Como si de los años de hierro no hubiesen transcurrido ocho décadas. Como si los jóvenes revolucionarios de hogaño no hubiesen tenido oportunidades, ni hubiesen podido formarse. Como si en España no existiese libertad de expresión (que algunos pisotean sin reparos). Como si el terrorismo no nos hubiese golpeado con sus zarpas hediondas y sangrientas. Como si la sumisión del individuo en un todo, su humillación como persona (algo tan querido por todos los totalitarios) en aras del nirvana civil no fuese una invención asquerosa. Como si la crisis padecida fuese excusa para dar la vuelta al sistema. Como si el comunismo hubiese aportado soluciones a las naciones en crisis. Como si no conociésemos lo que decía Guggeheim: "El odio de clases fue una fuente de energía que la clase obrera aprovechó para transformar su desfavorable condición social". Como si la España del siglo XXI fuese la de 1930, o la de 1950. Como si no tuviésemos sensibilidad para detectar el odio. Como si este no debiera "estar desterrado de la política (...) [que] debería ser objeto de la sabiduría y de la razón; dicho con otra palabra: de la justicia" (Anouar Hatem). Como si no fuese fácil deducir que la aventura nacionalista sólo puede conducir al desastre porque se asienta sobre la destrucción y se viene fraguando mediante la grosera manipulación de la historia y, lo que es peor, de los sentimientos. Como si no se viese a las claras que las promesas de futuro pasan por la esclavitud y la miseria cuando se asientan en la aplicación práctica del comunismo. Como si la nomenclatura de los países bajo esos regímenes no viviese al modo burgués más fetén. Como si algunos estuviesen dispuestos a sacrificar su posición de partido de la alternancia para convertirlo en "alternativo". Como si eso no condujese a su pérdida de esencias. Como si algunos fuesen inmunes a la corrupción, como si no tuviesen que dar ya algunas explicaciones, a pesar del poco tiempo que llevan en el panorama político... Como si... Como si... Como si...